

**Entrevista / Interview. Conversación con José Carlos Agüero:
“Los peruanos vivimos inmersos en ficciones”**

Michael J. Lazzara y Charles F. Walker

Universidad de California—Davis

José Carlos Agüero es el hijo de dos senderistas. Su padre y su madre fueron combatientes de Sendero Luminoso, y eso les costó la vida a ambos. La infancia de José Carlos estuvo marcada por constantes mudanzas, reuniones clandestinas en su casa, la llegada de camaradas heridos, intercambios furtivos de información o armamento, secretos ante sus compañeros de escuela, y el encarcelamiento y ejecución de sus padres. Formado como historiador y antropólogo, José Carlos—quien es además un talentoso poeta—ha dedicado muchos años de su vida a analizar por qué su madre y su padre se unieron a este partido radical maoísta, y cómo hemos de entender o abordar temas como la violencia, la culpa, el perdón y la memoria histórica. Él confronta directamente la cuestión de su propia responsabilidad—si acaso tuviera alguna—en los actos terroristas perpetrados por Sendero Luminoso. El intento por comprender a su familia, las motivaciones de sus padres, así como la violencia y sus consecuencias, constituyen el núcleo de su obra.

Al momento de publicarse en el Perú en 2015, *Los rendidos: Sobre el don de perdonar* se convirtió de inmediato en un éxito de ventas y desató furor en los medios de comunicación. Los críticos alababan su buena prosa, accesibilidad y aguda honestidad. Muchos felicitaban a Agüero por su valentía y disposición para compartir su vida como hijo de dos integrantes de Sendero Luminoso, en momentos en que el país aún se

tambaleaba bajo los efectos de una brutal guerra civil (1980-2000). No todos, sin embargo, acogieron su libro con simpatía o entusiasmo. A menudo Agüero ha sido calificado en la prensa escrita y la televisión como “terrorista”, y fue objeto de una amplia campaña de desprestigio encabezada por sectores conservadores, particularmente por los seguidores del ex Presidente Alberto Fujimori y su hija Keiko. Continúa la lucha entre quienes, como Agüero, buscan debatir y conocer más sobre el período de Sendero Luminoso, las atrocidades cometidas por el grupo armado y los crímenes de los militares, y aquellos que prefieren declarar el periodo 1980-2000 como un capítulo cerrado de la historia peruana, y seguir adelante.

Al empezar a traducir *Los rendidos* al inglés, teníamos muchas preguntas.¹ Ambos sentíamos gran admiración por el libro, por su desgarradora honestidad acerca de la vida de un hijo de senderistas, y por sus profundas reflexiones sobre la violencia y sus persistentes repercusiones. Sin embargo, también percibíamos que el libro había sido escrito principalmente para lectores peruanos y, por esa razón, se requería cierto contexto adicional para situarlo ante un público internacional. Queríamos más datos autobiográficos, detalles adicionales sobre la vida de José Carlos, la de sus padres y la dinámica que existía dentro de su familia. Además, como *Los rendidos* llevaba varios años en el mercado, queríamos saber más sobre las impresiones de José Carlos acerca del impacto de su libro y las polémicas que rodeaban a su obra y a él mismo. Por último, teníamos preguntas sobre las reflexiones del autor acerca de la memoria, la culpa y otros temas que constituyen el núcleo de su trabajo. Así que decidimos incluir una sustancial entrevista con José Carlos que finalmente llamamos “conversación”. Él aceptó amablemente.

Nos reunimos con José Carlos en Lima durante dos jornadas completas, en 2017, en una sala situada en un pequeño hotel ubicado en la Avenida Arequipa, en Miraflores. (Fiel al estilo limeño, el hotel fue derribado posteriormente para construir un edificio de apartamentos de varios pisos). Para los tres, la larga entrevista fue una experiencia enriquecedora. Mando hacia atrás, es evidente que para José Carlos nuestras conversaciones se convirtieron casi en un ejercicio de memoria, ya que a menudo se daba cuenta de que se equivocaba ligeramente con las fechas o no recordaba ciertas secuencias de acontecimientos. Por ejemplo, no podía recordar los años exactos en que vivió en El Agustino o todos los detalles sobre la separación de sus padres. Los tres comentamos la curiosa naturaleza de la memoria: lo que la gente recuerda con facilidad y lo que nos cuesta

¹ La entrevista que aparece a continuación fue publicada originalmente en *The Surrendered: Reflections by a Son of Shining Path* (Durham: Duke University Press, 2021), 108-130.

recomponer o reconstruir. José Carlos demostró una vez más su gran sentido del humor y su apasionado compromiso hacia el debate sobre los temas difíciles de la memoria peruana contemporánea.

Patricia y Rosa Vera transcribieron quince horas de grabaciones, que luego editamos y traducimos. Hemos cambiado la secuencia de algunas secciones y dividido las respuestas más largas para mejorar la fluidez y la legibilidad. Los comentaristas/editores de Duke University Press solicitaron correcciones adicionales. Estamos contentos con el resultado, y la “Conversación con José Carlos Agüero” ha sido bien recibida por comentaristas y críticos. Muchos nos animaron a publicarla en español. Sin embargo, cuando volvimos a la transcripción original, nos dimos cuenta de que habíamos alterado radicalmente la organización y el flujo de la entrevista original. No habíamos cambiado el contenido (y, por supuesto, José Carlos la había revisado), pero decidimos que sería mejor volver a traducir al español la versión inglesa para esta publicación. Incluimos aquí algunas secciones que no habían sido incorporadas a la versión inglesa por limitaciones de espacio. Agradecemos a Kique Bossio su detallada y escrupulosa labor como traductor.

En esta entrevista, José Carlos reflexiona sobre las diferentes trayectorias que sus padres siguieron para involucrarse con Sendero Luminoso, y las distintas formas que adoptó esta militancia. También profundiza en su propia historia, cómo percibe su infancia, la muerte de sus padres a manos del Estado peruano y su trayectoria como intelectual público. Desarrolla sus ideas sobre algunos de los temas clave de su libro—el estigma, la culpa, los derechos humanos, etc.—mostrando cómo sus ideas se han formado en diálogo con las discusiones públicas sobre él y su obra. Tanto para quienes han leído *Los rendidos* como para los que no, esperamos que la conversación ofrezca nuevas percepciones agudas sobre José Carlos Agüero y la espinosa naturaleza de los debates sobre la memoria en el Perú contemporáneo.

¿Cómo fue que tus padres se involucraron inicialmente en Sendero Luminoso?

Siempre quise obtener respuesta a esa pregunta. Cuando era niño, solía preguntarle a mi madre sobre “el Partido”. Ella respondía a algunas de mis preguntas, pero a otras simplemente replicaba: “Todo a su tiempo”. Nunca me contó en detalle cómo ella y mi padre se integraron a Sendero Luminoso, pero puedo intuir ciertas cosas basadas en lo que sé.

Mi madre no empezó en Sendero Luminoso; ella se inició en el Partido Comunista a fines de la década de 1960. En esa época, ella trabajaba como secretaria de la dirigencia, probablemente para Jorge del Prado, el líder histórico del Partido, y para algunos otros

miembros de la guardia vieja. Pero al cabo de un tiempo renunció porque se hizo amiga de quienes formaban parte de la nueva izquierda. Estos amigos constantemente se burlaban de los comunistas moscovitas, y empezaron a incluir a mi madre en sus bromas. Luego, ella empezó a explorar el trotskismo pero en última instancia se sintió atraída por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En realidad, todos los que formaban parte de la izquierda, generalmente hablando, se conocían entre ellos. Era un gran colectivo de clase media-baja que, en realidad, se sentía como si fuera muy pequeño.

Mientras mi madre militaba en el MIR, empezó a participar en educar a las masas, especialmente gremios y pequeños sindicatos; para hacer ese trabajo, ella viajaba frecuentemente a la sierra. En Huancayo, se sumergió tanto en su rutina diaria que eventualmente perdió contacto con el MIR, el cual de cualquier manera era un partido precario. Perder contacto con la base del partido y con sus redes más amplias la precipitó repentinamente a una situación de extrema necesidad financiera. ¡Pensó que moriría de hambre! Usualmente la base del partido apoya a su gente; de manera que, aislada de la base, mi madre se encontró sin dinero siquiera para comprar pan.

En un momento en que dudaba cuál sería su siguiente paso, Marco Antonio Briones, profesor de física, y Sybila Arredondo, la mujer que luego se casaría con José María Arguedas y que eventualmente mantuvo vínculos con Sendero Luminoso, la acogieron². Mi madre se hizo amiga de Sybila y de su hija. Mientras tanto, mi padre estaba atravesando penurias económicas similares: él también estaba abandonado por su partido y deambulaba de un lugar a otro en busca de ayuda. Por casualidad, fue a parar a Huancayo y fue allí donde conoció a mi madre. Se enamoraron y se fueron a vivir juntos. Así empezó su romance — y también la militancia de mi padre en el MIR.

Mis padres se quedaron en Huancayo por un tiempo, y eventualmente mi padre empezó a asumir un papel más activo en el MIR y en el Sindicato de Trabajadores Metalúrgicos. Fue ascendiendo poco a poco hasta convertirse en secretario nacional de ese sindicato, que era uno de los más grandes e importantes del Perú. Siguió siendo parte de organizaciones que jugaron un papel clave en las huelgas organizadas por los trabajadores en 1977 y 1978 contra la dictadura militar del General Francisco Morales Bermúdez. Logró adquirir cierto poder al cumplir esas funciones; por eso muchos de sus amigos lo recuerdan como un ferviente activista.

² Sybila Arredondo estuvo casada con el distinguido escritor y antropólogo peruano José María Arguedas desde 1967 hasta el suicidio de éste en 1969. En 1990 fue declarada culpable de pertenecer a Sendero Luminoso y pasó 12 años en la cárcel.

¿Cómo pasaron tus padres del MIR a Sendero Luminoso?

¡No tengo idea! En el caso de mi padre puedo hacer suposiciones, pero realmente no tengo idea cómo mi madre llegó a Sendero Luminoso. Como dije, mi padre ya era un líder que había demostrado su valor. Había estudiado ingeniería mecánica y metalurgia en la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI). La gente lo respetaba por el papel que había jugado en dos importantes huelgas de trabajadores: una que había sido exitosa y otra que fracasó. Sin embargo, poco después se quedó sin trabajo porque había compartido información del sindicato con Sendero Luminoso.

Mi padre era un hombre de acción, siempre listo a asumir mayores niveles de responsabilidad. Creo que Sendero Luminoso le ofreció esa oportunidad. Si otro grupo izquierdista se hubiese cruzado en su camino, él podría haber tomado otra dirección. Pero el momento y las circunstancias fueron precisas para que él se uniera a Sendero.

¿Se integró tu madre a Sendero Luminoso debido a tu padre?

No estoy realmente seguro de eso. No lo puedo afirmar. Siendo honesto, esto nunca ha sido algo que yo haya estado particularmente interesado en descubrir—quizá porque a cierto nivel no lo quiero saber. Mi abuela paterna siempre acusó a mi madre de haber encaminado a mi padre hacia Sendero Luminoso—pero ésa es una acusación que simplemente no encuentro manera de corroborar.

Lo que puedo decir es que mi padre era instruido, un tipo inteligente que había llegado a la universidad, pero al fin y al cabo venía de provincias, de Tarma. Era mucho más acérrimamente maoísta que mi madre. De hecho, no creo que mi madre haya sido una maoísta curtida en absoluto. Puede haberlo parecido superficialmente y ciertamente aprendió a decir las palabras correctas, pero no estoy seguro si ella alguna vez estuvo convencida del todo. Su trayectoria hacia Sendero no estuvo bien definida ni fue siquiera necesariamente lógica.

A mi padre le gustaban los huaynos, que son canciones tradicionales andinas; mi madre prefería las polkas, tangos y valsos. Sus amistades también eran mucho más diversas que las de mi padre. Ella probablemente eligió el MIR inicialmente por su sesgo cultural. De modo que no estoy muy seguro de cómo terminó en Sendero Luminoso. Podría haber sido influenciada por mi padre. Ella era ciertamente una mujer de acción—lo mismo que él—y estaba probablemente esperando una oportunidad para aportar algo más a la causa revolucionaria. Sendero Luminoso le ofreció esa oportunidad (y también a él).

Pareciera que tu madre tuvo una relación tensa y muy compleja con su militancia en Sendero Luminoso.

Ella quería entregarse incondicionalmente al Partido. Cuando yo era niño, sentía que ella estaba tratando constantemente de convencerse de que estaba destinada a hacer lo que estaba haciendo. Tuve esa impresión a partir de discusiones que escuché sin proponérmelo y de reuniones que presencié, en las cuales los largos, interminables debates sobre doctrina izquierdista básica le resultaban aburridos. ¡Estas discusiones deben haber sido para ella una auténtica tortura! Estoy seguro de que mi madre estaba aburrida hasta las lágrimas por todo el parloteo que había. A ella le encantaba la literatura—no sólo los libros publicados por la Editorial Progreso de la Unión Soviética que se difundían ampliamente en español, sino toda clase de literatura. Debe haber sido insoportable estar allí sentada y tener que escuchar a un montón de jóvenes cotorrear sobre los folletos que estaban leyendo de su líder Abimael Guzmán. ¡Sé que para mí lo fue!

Lo que puedo decir con seguridad es que, en última instancia, unirse a Sendero Luminoso cambió la vida de mi madre — y no fue para mejorarla. Si nunca se hubiera involucrado con el Partido, probablemente se hubiese convertido en una cantante, una magnífica contralto. Y no lo digo solamente porque era mi madre. ¡Ella tenía una voz verdaderamente maravillosa!

¿Cómo era tu vida diaria, creciendo como el hijo de dos militantes de Sendero Luminoso? Los visitabas a ambos en prisiones diferentes, las cuales curiosamente eran importantes núcleos de organización para Sendero Luminoso. Las prisiones obviamente marcaron sus vidas y tu relación con ellos también.

Mis padres fueron a la cárcel a fines de 1983, y ése fue un punto de inflexión para mí. Mis recuerdos hasta ese momento son mayormente positivos. Aunque mis padres ya eran militantes activos de Sendero Luminoso, yo me sentía por lo general seguro. Nuestra casa en el distrito limeño de San Martín de Porres era humilde sin duda, pero llena de vida. Éramos pobres, pero dentro de la pobreza hay niveles. Algunos de nuestros vecinos eran completamente indigentes, pero mi padre, por ejemplo, tenía una motocicleta. Mi abuela preparaba comida en ollas enormes y la compartía con vecinos que no tenían suficiente. Todo el tiempo venían a la casa amigos a pedir consejo, a pedir prestados cubiertos, o a mirar partidos de fútbol en la televisión porque nosotros teníamos el aparato de tv más grande del barrio. En esa época, mis padres compartían su compromiso político entre Sendero Luminoso y grupos sindicales vinculados a la izquierda tradicional. Recuerdo ocasiones en que nuestra casa estaba llena de gente del Sindicato Metalúrgico o de políticos

que venían de noche para compartir ideas sobre cómo reclutar partidarios. Cuando no tenían otro lugar donde dormir, los militantes pasaban la noche en nuestra casa, tendidos en el suelo. Los llamaba cariñosamente “tíos”. Años más tarde, encontraría nuevamente a algunos de estos mismos militantes de Sendero Luminoso cuando iba a visitar a mi padre en la cárcel de El Frontón.

¿Cómo afectó a tu familia el encarcelamiento de tu padre en 1983?

Económicamente, las cosas se complicaron para nosotros. Durante los meses anteriores a la captura de mi padre, nuestra situación financiera ya era desalentadora. Su compañía lo había despedido por participar en una huelga de trabajadores. Luego de eso, sus contactos en el sindicato lo ayudaron a conseguir algunos trabajos temporales, pero ninguno de ellos realmente producía dinero que alcanzase para mantenernos a flote. Para lograr subsistir, él trató de empezar algunos negocios propios, como la venta de juguetes de madera en una oficina que alquilaba en el Centro de Lima, pero en todos los intentos fracasó de la peor manera. ¡Definitivamente, no era un hombre de negocios! Para ese entonces, ya se había convertido en militante de Sendero Luminoso. Parecía estar indeciso entre dedicarse a su negocio o llevar a cabo la revolución. Por supuesto, todo ello causaba una enorme tensión para mi madre, quien de pronto tuvo que asumir la responsabilidad por las finanzas de la familia. Para complicar aún más las cosas, mi madre también estaba profundizando su compromiso político. De hecho, creo que el lugar donde trabajaba vendiendo carne importada de Chile puede haber funcionado también como punto de reuniones de Sendero.

El encarcelamiento de mi padre, sin embargo, tuvo un impacto más que financiero. Apenas lo arrestaron, tuvimos que hacer nuestras maletas e irnos de la casa. Lo que resulta extraño es que, en lugar de irnos a un lugar donde la policía nunca nos encontraría, nos mudamos a casa de mi abuela. Haciendo memoria, decisiones como ésta, hechas improvisadamente, son difíciles de justificar o racionalizar. Pero así fueron las cosas.

En tu libro, dices que otras personas en ocasiones te veían como una extensión de tus padres, como si estuvieras “contaminado” por sus compromisos políticos.

¿Cómo te hacía sentir eso?

Siendo justos, la situación no siempre fue así. Al principio, creo que la gente se solidarizaba mucho con mis padres y apoyaba sus convicciones. Muchos de nuestros vecinos veían a mis padres como valientes militantes izquierdistas. Estar cerca de mi padre y de otros militantes me dio acceso a una educación política temprana por la cual estoy

muy agradecido. Escuchaba atentamente sus conversaciones. miraba la propaganda que mi padre traía a casa. Le preguntaba si sus volantes eran para los sindicatos o para uno de los partidos políticos de izquierda. Mirando hacia atrás, agradezco la relación horizontal que compartí con mi padre; él me enseñó a leer incluso antes de que yo fuera a la escuela.

Pero las cosas cambiaron después que mi padre fue a prisión. Tuve que aprender a decir mentiras, lo cual iba en contra de los valores morales que mis padres me habían inculcado. Odiaba mentir, pero no tenía alternativa. Aprendí a inventar excusas cada vez que me preguntaban dónde estaba mi padre. “Se fue de viaje”, decía. ¡Y yo no era el único que tenía que mentir! Toda mi familia tuvo que hacerlo. Aprendimos a guardar secretos— y ocultar secretos equivale a reconocer implícitamente que algo está mal. La directora del colegio me miraba con desconfianza y me trataba injustamente porque sabía que mi padre estaba en la cárcel. Cuando mi madre fue también encarcelada, apenas unos cuantos meses después que mi padre, mi percepción de aislamiento y de sentirme juzgado se hizo aún mayor. A veces me rehuían incluso miembros de mi propia familia. Tenía un primo, por ejemplo, que era mi compañero de clase y constantemente hacía cosas para dejar en claro que él no era terruco. Siempre buscaba maneras de defenderse. En mi familia extendida, la mayoría de mis parientes que actuaban así no lo hacían por maldad. Simplemente trataban de protegerse.

Cosa parecida pasaba con mis amigos. Iba a sus casas a jugar, pero no me dejaban entrar porque sus padres se lo prohibían. Mis amigos se sentían mal por rechazarme. Generalmente yo los libraba de la culpa con delicadeza, diciéndoles algo así como: “No te preocupes. Nos vemos en otra ocasión”.

A tu padre lo llevaron primero a la cárcel de Lurigancho y luego a El Frontón. Tu madre estuvo encarcelada en Chorrillos. ¿Cuáles eran tus impresiones de esos lugares?

¡Las prisiones en el Perú fueron un tremendo descubrimiento para mí! Tenías que acostumbrarte a sus protocolos, a su lógica: las mujeres pueden ingresar como visita los sábados, y los hombres, los domingos. Sólo puedes entrar si llevas cierto tipo de ropa. Todo esto, cuando eres niño, expande tu mundo de una manera estremecedora.

Lurigancho era un lugar horrendo, miserable. ¡Realmente infernal! Mi padre estaba recluso en el “pabellón industrial”, donde tenían a los militantes de Sendero Luminoso. Pero para llegar allí, primero tenías que pasar a través del área de presos comunes, que olía horrible y lucía completamente en ruinas. ¡Era insoportable! Los guardias también eran brutales, siempre humillando a los prisioneros.

Cuando iba a visitar a mi padre, él generalmente estaba ocupado con tareas que Sendero Luminoso le había encomendado. Por eso a veces no podía pasar tiempo con nosotros. Otros prisioneros, siguiendo órdenes de Sendero, asumían la responsabilidad de atender a las familias. Los visitantes adultos eran bombardeados con lecciones sobre política, mientras que los niños presenciaban alguna representación teatral o almorzaban. Ni uno ni otro era agradable.

Lurigancho era horrendo, pero visitar a mi madre en Chorrillos era peor, quizá porque la visitaba más a menudo. La cárcel en sí era realmente más agradable: tenía amplias áreas comunes con árboles y bancas, y las celdas de las mujeres permanecían abiertas durante las horas de visita. Las presas comunes querían a mi madre porque ella las defendía. En cambio, las mujeres de Sendero Luminoso la trataban con frialdad. Por eso, cuando la visitábamos, mi madre se aseguraba de que pasáramos la mayor parte de nuestro tiempo con las presas comunes. Aun así, no podíamos evitar a las mujeres de Sendero Luminoso. Se comportaban de manera desagradable con mi madre y nos maltrataban sólo para vengarse de ella. Sabía que mi padre estaba en un lugar horrible, pero sinceramente temía más por mi madre, sobre todo cuando ella decidió ayudar a las presas comunes a organizar un levantamiento para defender sus derechos.

Al principio, mi madre esperaba crear un frente único entre las prisioneras políticas y las comunes. Ambos grupos vivían en condiciones miserables, y ella pensaba que todas tenían derecho a defender sus necesidades básicas. Quería que los guardias de la cárcel trataran mejor a los visitantes, y que no confiscasen regalos que las familias traían para sus parientes presas. Y que cada prisionera tuviese una cama decente, no sólo un colchón sobre el piso. El problema era que las mujeres de Sendero Luminoso no creían que tenía sentido montar un levantamiento con el único fin de defender los derechos humanos básicos de las prisioneras. Para Sendero Luminoso, cualquier levantamiento debía tener fines políticos más elevados. Pero mi madre se mantuvo firme en su posición y de todos modos prosiguió con el plan.

Un día, las prisioneras comunes montaron su motín. Con camas y colchones, se atrincheraron dentro de sus celdas. Taparon las ventanas con almohadas. Las mujeres de Sendero Luminoso le rogaron a mi madre que no prosiguiera. ¡Tenían miedo! Y, por supuesto, los guardias de la prisión respondieron con duras represalias. Prendieron fuego a los colchones y almohadas para obligar a las mujeres a salir de sus celdas. Maltrataron a muchas de las prisioneras comunes, pero las libraron de lo peor, imponiéndoles castigos relativamente menores. Pero mi madre, por ser la lideresa, llevó la peor parte. La torturaron brutalmente en un área remota de la prisión y, para escarmentar al resto, la golpearon

delante de las otras mujeres hasta dejarla inconsciente. Mi madre se sintió traicionada por la directora de la cárcel, con quien siempre había tenido una buena relación. Pero en este caso la directora hizo la vista gorda ante los castigos de los guardias. Luego de eso, las prisioneras comunes hicieron un vacío alrededor de mi madre. Quizá se sintieron defraudadas porque esperaban que se cumplieren sus demandas. Las mujeres de Sendero Luminoso insistieron que mi madre había recibido el castigo que se había buscado.

Recuerdo que fui a visitar a mi madre después que las cosas empeoraron. Nadie quería hablar con ella. Parecía sola, aislada, abatida. Podía sentir que ella sabía exactamente por lo que nos estaba haciendo pasar, aunque fuese sin querer. Como una manera de aliviar nuestro sufrimiento, con un par de monedas que consiguió quién sabe cómo, nos compró unos quequitos. No sé dónde encontró ese dinero pero se lo gastó en un pequeño gesto, un regalo para sus hijos. Debe haber convencido a uno de los guardias que la dejara pasar porque de repente la vimos llegar corriendo cuando salíamos de la prisión. Prácticamente nos forzó a recibir los quequitos sin decir una palabra mientras lo hacía.

Pude entender lo desesperada que estaba, su deseo de que no volviéramos a casa preocupados, su necesidad de darnos algo —cualquier cosa— como diciendo: “No puedo dejar que se vayan con las manos vacías o tan preocupados por mí”. Eso fue poco después de que la trasladaran a la cárcel del Callao como castigo por montar el levantamiento.

Tú mencionas en tu libro que no consideras justo que los hijos hereden la culpa de sus padres. Pero también pones cierto énfasis en tus propios pequeños actos de complicidad con las acciones militantes de tus padres: transportar documentos, cargar cartuchos de dinamita y cosas por el estilo. ¿Aún te molestan esos pequeños actos de complicidad, o piensas que ya has asumido el papel que desempeñaste de niño?

Esas cosas ya no me causan ninguna angustia moral porque he reconocido que las hice. Para mí, reconocer los propios actos es un paso clave para resolver cualquier cuestión ética. Sé que lo que hice estuvo mal, aunque yo también fui una víctima. Pero el hecho de que fuese un niño cuando hice esas cosas no me exime de responsabilidad por mis actos.

¡Son temas difíciles! El hecho es que colaboré. No era un niño ingenuo. Era inteligente, culto y muy político. Mi casa era un lugar democrático donde la información circulaba libremente. Ciertamente, no era tan agudamente consciente de lo que hacía como para comprender cómo mi participación en las actividades de Sendero Luminoso se comparaba con otras formas de actividad política de izquierda.

Claro, sería fácil para mí valerme de la retórica para retratarme como un niño ingenuo que no tenía idea de lo que estaba haciendo. ¡Pero eso sería mentira! Me resultaría cómodo decirlo, pero no estaría reconociendo honestamente cómo eran realmente las cosas ni lo que yo entendía o sentía al respecto. De modo que sí, creo que colaboré, con todas mis limitaciones. Probablemente esa colaboración fue involuntaria hasta cierto punto. Pero algunas de las cosas que hice no fueron en absoluto un juego de niños: formaron parte de cadenas de acontecimientos que estoy seguro causaron mucho daño. No jugaba con cartuchos de dinamita pensando que eran plastilina. Sabía que eran cartuchos de dinamita y que se utilizarían para volar estructuras o matar a personas. Quizá en el momento en que cargaba esos cartuchos me resultaba difícil imaginar cómo sería la escena después de que se hubieran detonado. No podía visualizar los cuerpos mutilados. Pero sí sabía que los explosivos se utilizarían para algún fin. Escribir y hablar públicamente sobre estos temas forma parte de mi proceso para resolverlos.

Sin embargo, algunos temas aún son difíciles de resolver para mí. Te doy un buen ejemplo. Una noche llegó a nuestra casa un hombre herido. No era alguien que conociéramos bien—sólo vagamente—y estaba en mal estado. Mi madre estaba en casa con dos de sus camaradas, pero ellos salieron de la casa rápidamente por temor. Mi madre seguía diciendo que alguien iba a tener que avisar a los demás sobre el peligro potencial; por supuesto ella nunca hubiera esperado que yo lo hiciera. Pero yo era el único que estaba allí. Así que me ofrecí a hacer lo que fuese necesario para sacar al hombre de nuestra casa, para protegernos a nosotros y a él. Tenía miedo de que se desangrase. Le pregunté a mi madre por la dirección de un lugar donde pudiese llevar al hombre y donde estuviese a salvo. Conocía mi barrio como la palma de mi mano, de modo que podía encontrar cualquier dirección que me diese.

Esa noche, arrastré al hombre hacia la calle y fui en busca de un posible refugio. Casi no intercambié palabra con él. No era alguien que yo hubiese visto más de dos veces en mi vida. Él estaba asustado, petrificado. Es difícil decir qué edad tenía—quizá unos 45 años, o posiblemente más joven porque estaba herido y sangrante, curado a medias con un vendaje improvisado. Yo debo haber tenido 10 años de edad, casi 11. De cualquier manera, lo llevé hasta la casa donde pensé que estaría seguro. Pero al día siguiente descubrimos que estaba muerto. La policía lo había detenido, junto con todos los demás que estaban en la casa. Pero él fue el único a quien mataron. Los demás fueron a la cárcel. Luego, la policía colocó el cadáver en una escena del crimen para que pareciese como si él hubiera muerto en un enfrentamiento armado.

¿Qué crees que te hubiera pasado si la policía te encontraba en ese momento?

Probablemente nada.

¿No crees que te hubieran hecho daño?

Todo esto ocurrió en Lima. Si esta situación se hubiera dado en una comunidad rural, la policía probablemente hubiese matado a todos. Pero en Lima, lo más probable es que me detuvieran y me llevaran a Seguridad de Estado y, en última instancia, me dejaran libre—aunque primero me hubieran dado una buena paliza.

La cosa es que, desde que ocurrió este hecho, siempre he sentido que llevé a ese hombre a que lo matasen. ¡Porque es cierto! Si este tipo se hubiese quedado a pasar la noche en nuestra casa, o hasta que apareciese otro adulto, o si hubiésemos conseguido encontrar otra solución, nunca hubiera terminado muerto. Yo fui quien lo llevó a esa casa donde, desafortunadamente, la policía hizo una redada y lo mató.

No recuerdo el nombre de ese hombre, pero su muerte aún me atormenta. Siento que... no estoy seguro de lo que siento. Sólo sé que las cosas no debieron ocurrir así.

¿Es difícil para ti aceptar lo que ocurrió esa noche porque en última instancia estabas tratando de salvar al hombre?

¿Qué importa eso? Al final lo mataron.

En realidad, tu libro no trata realmente de tus padres. Está dedicado a ellos, por supuesto, pero su objetivo principal no es relatar sus biografías, ni siquiera hablar en profundidad de su militancia. En realidad, el libro trata de ti, de ciertos temas como la culpa, la complicidad y el victimismo que inspiran tu reflexión. ¿Qué papel esperabas que jugaran tus padres como protagonistas de tu libro? ¿Qué lugar ocupan en tu texto?

Ellos son un pretexto—el pretexto para una conversación. Sé que es así. Y saberlo tiene consecuencias emocionales, morales y éticas para mí. Sé que los estoy utilizando. Y en todo acto de utilizar a alguien siempre hay cierto grado de violencia.

Es evidente que la militancia de tus padres en Sendero Luminoso fue muy dura para ti en algunos momentos (y que sigue siéndolo). Llevar una vida tan intensa—guardando secretos, viviendo siempre al límite, soportando dificultades económicas extremas e incluso la cárcel—también debe haberles impactado a ellos y a su relación.

Luego que mi madre organizase el motín de la prisión, entró en una disputa con el “Comité del Partido”. Sendero Luminoso decidió sancionarla. Pero como ella era tan combativa, eso no era algo que ella estuviese dispuesta a aceptar sin dar la pelea. Mi madre se metió en un tremendo conflicto con los delegados del Partido; creo que el asunto se llegó a discutir a cierto nivel más alto de su comité. Mi madre nunca me contó nada de esto. Sé lo que pasó sólo porque pude reconstruir el episodio parcialmente a partir de documentos que he leído y de una carta que mi padre le envió.

Mi padre le escribió a mi madre una carta larga, que yo leí sin su autorización. En la carta, él expresa su preocupación por mi madre, pero también le habla en un tono más formal a nombre del Partido. Ver esos dos lados de él en un documento me hizo sentir incómodo. Hubiera esperado que él asumiese un tono distinto—un tono de solidaridad, como diciendo, “¡Contigo hasta la muerte!” Pero no era eso lo que reflejaba la carta. Mi padre decía más bien algo así como: “Piensa muy bien lo que estás haciendo. Ten más cuidado. No seas tan combativa. La gente habla de ti a tus espaldas”. Tengan en cuenta que mi padre no era un dirigente de Sendero Luminoso, pero formaba parte de los cuadros militares. Eso significaba que tenía mayor rango y más prestigio que mi madre dentro de la estructura del Partido. Su carta se proponía convencerla de deponer sus protestas para que el Partido dejase de aislarla. En parte, él estaba preocupado por ella; temía que Sendero Luminoso tomara represalias incluso más severas en su contra. Mi madre me dijo mucho después que, en efecto, había recibido amenazas. En esa época ella se sentía descontenta de su relación con el Partido, pero tampoco le gustaba la presión que mi padre le imponía. Su relación estaba empezando a quebrarse.

Curiosamente, mis padres fueron puestos en libertad con una semana de diferencia entre sí, a fines de 1984. Una vez que todos estuvimos juntos de nuevo, viviendo en Villa María del Triunfo, mi madre urgió a mi padre que ambos dejaran el Partido. En esa época, ya ambos habían visto el lado feo de Sendero Luminoso, de modo que mantener el compromiso con el Partido presentaba ciertos riesgos. Mi madre había sido tachada de “mala militante”; ella estaba molesta con el Partido por el castigo extremo que había recibido en la cárcel. Él aceptó.

Sin embargo, ni bien habíamos empezado a recuperar un poco de normalidad, la familia se enteró por un reportaje de televisión de que mi padre había sido detenido nuevamente. Le había mentado a mi madre. Había roto su promesa y se había enredado nuevamente con Sendero Luminoso, no de forma tangencial, sino como organizador. Fue arrestado cuando trataba de quitarle su arma a un policía. La operación desembocó en una persecución al estilo Hollywood por Lima que acabó con la muerte de ese policía. Llevaron

a mi padre a la prisión de El Frontón, lo cual casi destrozó a mi madre. Se sintió traicionada. Es difícil decir por qué volvió a enredarse con el Partido, por qué él rompió su promesa a mi madre. Pudo haber sido su profundo compromiso con el Partido, o tal vez fue una función de su personalidad impulsiva.

Tu madre debe haber tenido una carga pesada que llevar como cabeza de familia y esposa de un Senderista condenado.

Por un lado, ella tuvo que hacer lo que fuera para lograr la supervivencia de la familia. En 1984 y 1985, por ejemplo, ella ganaba dinero tomándole la presión arterial a la gente en las calles del Centro de Lima; sospecho que lo hacía no sólo para ganar dinero sino también para reclutar y desarrollar redes para Sendero. En épocas en que estaba desempleada, el Partido proporcionaba alimentos y artículos básicos para nuestra familia. Por otro lado, como ella era la esposa de un preso, el Partido tenía ciertas expectativas respecto a ella. Por mucho que ella quería alejarse de Sendero, ellos la obligaron a cumplir ciertos roles. Por ejemplo, participó en una organización de familiares llamada Socorro Popular, que más tarde desarrolló vínculos con la facción armada más terrorífica de Sendero. Creo que esa asociación selló su destino.

En un mundo ideal, mi madre hubiera apoyado la revolución incondicionalmente. Pero en términos prácticos, creo que a medida que se adentró en Sendero Luminoso, ella se arrepintió de ciertas cosas que tuvo que hacer.

Cuando pienso en mis padres, lo que me he dado cuenta con el tiempo es que probablemente no eran excepcionales. Simplemente eran peruanos promedio, como muchas otras parejas que vivieron en esa época y en ese contexto. Ambos estaban en Sendero Luminoso. Estaban casados. Pero también eran muy diferentes entre sí en cuanto ejemplificaban dos tipos distintos de militancia. Como militantes, tenían maneras diferentes de relacionarse con el trabajo, jugaban papeles distintos dentro del Partido, y se comportaban de modo diferente en la cárcel. Mi padre asumió ciertos papeles de liderazgo dentro del Partido, mientras que mi madre era más bien una disidente. Ambos eran personas de acción, pero imagino que mi padre lo era un poco más.

Como cualquier otra pareja normal, mis padres tenían sus problemas. Alrededor de la misma época en que mi padre engañó a mi madre respecto a dejar el Partido, ella descubrió que él estaba saliendo con otra mujer, más joven que ella y con dos hijos. Por supuesto, mi madre estaba furiosa, pero sugirió que continuaran adelante como familia, como parte del proceso que estaban atravesando de pasar a una nueva página: dejarían el Partido y empezarían a centrarse en su relación y su familia. Pero mi padre no cumplió su

parte del trato en ninguno de los dos casos. Siguió viendo a la otra mujer. Y cuando mi madre lo descubrió se puso como una fiera. Le dijo que era un hipócrita, un maoísta de mierda; le dijo que dudaba si era un verdadero revolucionario porque claramente era incapaz de mantener su palabra. Lo amenazó con abandonarlo.

Cuando todo esto pasó, recuerdo que mi padre y yo estábamos jugando ajedrez. Mientras estábamos sentados a ambos lados del tablero, vi que una lágrima rodaba por su mejilla. Mi madre insistía que eran lágrimas de cocodrilo. Mirando atrás, pienso que él probablemente amaba a esa otra mujer, pero mi madre también le importaba. Ciertamente no odiaba a mi madre; de hecho, sé que la seguía queriendo en cierto modo. Fue en ese preciso momento cuando me di cuenta de lo débil que era mi padre. Así que moví mi peón. Era una pésima jugada, la peor en la historia del ajedrez. Pero era como lanzarle un salvavidas. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo y me sonrió agradecido. Después se levantó y se dirigió hacia la puerta. Mi hermano y yo corrimos tras él, llorando, suplicándole: “¡No te vayas, papá! ¡No te vayas!” Eso enfureció aún más a mi madre: “Mira lo que estás haciendo con estos niños. Estás montando una escena burguesa”. Mi padre se paró en seco y decidió quedarse.

La relación de mi padre con la otra mujer fue uno de los muchos casos en los cuales hombres de Sendero Luminoso presos iniciaban relaciones con mujeres que eran enviadas para visitarlos como parte de las redes de apoyo en las prisiones. Con mucha frecuencia estas mujeres se enamoraban de los prisioneros. Eventualmente, se unían a las redes de apoyo del propio Partido, convirtiéndose en partidarias acérrimas, y terminaban presas. Debido a su conexión con él, la amante de mi padre se involucró profundamente en Sendero Luminoso. Finalmente fue capturada y pasó más de 10 años en la cárcel de Canto Grande.

En la medida en que las cosas iban empeorando para tu madre y tu familia, ¿trataste de convencerla de abandonar Sendero Luminoso?

¡Claro que sí! Durante mucho tiempo, ella trató de autoconvencerse de que Sendero Luminoso fuera la opción correcta para ella—tanto así que terminó creyéndolo. En cierta manera, no creo que ella pudiese imaginar cualquier otra opción en la vida. En cierto momento, ella supo que iba a morir. Para mí era evidente que ella lo presentía. Y estaba muy triste al respecto. Nosotros, por supuesto, siempre supimos que su muerte era una posibilidad real. Pero ella estaba segura de su muerte—tan segura que, de hecho, empezó a hablar con algunos de sus camaradas, pidiéndoles ayuda para poner en orden sus

asuntos si llegase a ocurrir lo peor. No digo que deseara morir. De hecho, creo que amaba la vida. Pero llegó un momento en que ya no podía hacer nada por evitarlo.

Desde 1985 hasta su muerte en 1992, mi madre trabajó en un pequeño quiosco en la Universidad de San Marcos, que también servía como punto de reunión para estudiantes radicalizados. Mi tío era dueño del quiosco y le dio empleo a mi madre tipeando trabajos académicos para los estudiantes. Yo iba a menudo con ella a su trabajo. La universidad estaba llena de infiltrados que simplemente estaban esperando para delatar a personas que mantenían vínculos con Sendero Luminoso. Mi madre murió en 1992 pero ya en 1991 la universidad estaba completamente infestada por militares. Unos soldados ingresaron al quiosco un día en que mi mamá estaba trabajando allí. Ella supo inmediatamente que estaba jodida. Le echaron una ojeada y le tomaron fotos; era como si estuviera simplemente esperando, aguardando el momento en que se la llevarían.

La muerte de mi madre fue una en una serie de asesinatos selectivos y focalizados que ocurrieron entre mayo y noviembre de 1992. Durante esos meses se produjeron aproximadamente 1.400 asesinatos de militantes de Sendero Luminoso. Para entonces, la mayoría de los miembros originales de Sendero estaban muertos o habían sido capturados. Pero mientras tanto se había formado un grupo de militantes más jóvenes. Hacia 1991, los militares empezaron a perseguir a estos militantes más jóvenes, al mismo tiempo que perseguían a los dirigentes del partido. La persecución militar contra Sendero era en gran medida una represalia: el Ejército estaba furioso con Sendero por haber conseguido mantener el control durante tanto tiempo. Sendero Luminoso se burlaba constantemente de los militares, y se mostraba mucho mejor organizado y más disciplinado que ellos en El Frontón. Los militares se sentían humillados, de modo que durante esos meses se vengaron metódicamente de Sendero. En esos años se produjeron miles de detenciones, incluyendo a mucha gente inocente.

Centrémonos nuevamente en tu libro. ¿Cuánto tardaste en escribirlo?

Tomó al menos 10 años. Inicialmente, tenía un montón de fragmentos apuntados, muchas notas. Pasó mucho tiempo antes de darme cuenta de que todo podía cuajar orgánicamente como un libro.

Cuando finalmente decidí escribir el libro, sólo tenía clara una cosa: no quería que mi biografía fuese el punto central. En lugar de eso, esperaba hablar de ciertos temas que me parecían importantes para entender la situación post-conflicto en el Perú: la vergüenza, el perdón, el victimismo, la culpa, el estigma, etcétera. Para lograrlo, tuve que seleccionar muchas anécdotas, algunas de las cuales sabía que funcionarían mejor que otras para

explicar los temas que quería plantear. También tuve que eliminar relatos que las personas no me habían autorizado a compartir. Mi mundo está lleno de personas de Sendero Luminoso y del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) que me cuentan constantemente sus experiencias. No sentía que tenía derecho a compartir sus recuerdos sin permiso, aunque en algunos casos sí les pedí autorización.

Cuando relato sus historias (o las mías), no lo hago con la atención al detalle que tendría un historiador. Mi objetivo es más bien captar el significado más profundo de los encuentros y situaciones. En lo que respecta a ciertas historias personales, simplemente opté por omitirlas porque temía que contarlas fuese demasiado duro para mi familia.

Las reacciones del público hacia ti en el Perú han sido en cierto modo ambivalentes. El libro se ha vendido muy bien y ha generado amplia discusión. Sin embargo, algunas personas te etiquetan como terrorista debido a la vinculación con tus padres. Otros han querido convertirte en vocero de todos los hijos de senderistas. ¿Cómo respondes a otros hijos de militantes de Sendero Luminoso que quieren que hables por ellos?

La situación que mencionas es muy real para mí. Me ocurre todo el tiempo. He conversado con muchos otros hijos de militantes de Sendero Luminoso que me piden que asista a sus reuniones o que hable con ellos. Dicen que les alegra que yo les dé una voz. Suelo responderles: “Me parece estupendo que pienses así. Mantengamos la conversación. Pero yo no te represento”. No lo digo de manera tan tajante, por supuesto, sino que normalmente digo algo así como: “Todos tenemos nuestras propias historias. La mía es única, como seguro que lo es la tuya. Todos somos diferentes”.

No estoy a favor de crear una organización de hijos de senderistas. Aunque hay evidentes ventajas de este tipo de grupos organizados—como en el caso de “HIJOS” en Argentina—, tales colectivos también limitan nuestra capacidad de pensar críticamente. Por un lado, estos grupos alientan una organizada y muy importante defensa de los derechos humanos por parte de la sociedad pero, por otro lado, crean identidades circunscritas que pueden impedir una conversación crítica. Es muy difícil hablar con personas que están en grupos como “HIJOS” si no estás cien por ciento de acuerdo con sus posturas políticas y éticas.

En el Perú, los hijos de militantes del MRTA han sido mucho más activos que los de Sendero Luminoso. Ellos tienen su propia organización de “HIJOS”, la cual es un reflejo de otras que existen a lo largo de América Latina. En varias ocasiones, me han invitado a interactuar con ellos y me han pedido ser su vocero. Percibo su dolor y siento

que necesitan apoyo. Creo que mi libro les proporciona parte del apoyo que buscan porque éste se atreve a plantear cosas que ellos quisieran decir pero que han optado por no mencionar públicamente. Siempre soy brutalmente honesto con ellos. Les digo que, aunque sus experiencias y las mías comparten elementos comunes, también tenemos importantes diferencias.

¿Qué impacto ha tenido el libro en tu círculo más inmediato?

Me viene a la mente un caso particular. Una madre que había formado parte de Sendero Luminoso y que cumplía sentencia de cárcel, mantenía una relación muy tensa con su hija. Esta última estaba resentida con la madre por haberla abandonado de niña para lanzarse a la revolución. En cierto momento, la hija dejó de visitar a su madre en la cárcel y se sintió culpable por ello.

Un día, la hija me pidió que me reuniese con ella para charlar. Cuando nos vimos, le di un ejemplar de mi libro, que luego compartió con su madre. Su madre leyó el libro cuando aún estaba en la cárcel, y le hizo reflexionar profundamente sobre su vida. Poco después, las cosas mejoraron mucho entre madre e hija. La situación no era perfecta ni mucho menos, ni quedó definitivamente resuelta, pero madre e hija fueron mínimamente capaces de perdonarse mutuamente.

Leer mi libro dio a la madre la oportunidad de decirle a su hija que comprendía los errores que había cometido mientras participaba en Sendero; el libro abrió igualmente un camino para que la hija superase la culpa, el resentimiento y la rabia que había sentido hacia su madre durante tantos años. La hija se dio cuenta de que no tenía que perdonar al Estado ni a las fuerzas de seguridad por haber encarcelado a su madre. Podía seguir guardando rencor contra el Estado peruano. Para ella, la verdadera culpable era su madre: fue ella quien le causó daño y a quien tenía que perdonar. Mi libro les brindó la oportunidad de llevar a cabo ese proceso.

También surgen a veces situaciones que son difíciles de manejar para mí. Una vez se me acercó un hombre cuyo padre había sido un militante de Sendero Luminoso que en 1986 había matado a un oficial de policía. El hombre quería buscar a los hijos de la víctima, y me preguntaba si creía que esto sería una buena idea. Tenía información fidedigna de que su padre había matado al policía en defensa propia y quería pedirles perdón.

Para ser sincero, no estoy muy seguro de lo que este hombre debería hacer. Sé que para que las cosas resulten bien, la familia tendría que estar dispuesta a acoger el gesto

reconciliador del hombre. Pedir perdón a alguien cuando esa persona no está abierta a perdonar puede tomarse como un acto de violencia.

Tu libro da la impresión de que te resulta problemática la idea de la lucha armada como medio para cambiar la sociedad. Tus padres pertenecieron a una generación en América Latina en la cual muchas personas recurrieron a la violencia como una manera de generar un cambio radical del sistema, como una vía para reducir patrones de discriminación y desigualdad social, racial, étnica y económica de larga data. Cuando piensas en tus padres y en las profundas desigualdades que aún enfrentan muchas sociedades en América Latina, ¿cómo entiendes la idea de la lucha armada?

Desde luego, tu pregunta evoca una vieja discusión sobre la línea que existe entre la política y la violencia. Personalmente, rechazo el uso de la lucha armada como forma de abordar los problemas de la sociedad. Estoy seguro de que me siento así porque soy hijo de la posguerra, así que mi postura al respecto debe contextualizarse teniendo eso en cuenta. Pienso que la mayoría de las personas de mi generación tendrían sentimientos similares al respecto. Quizá ello sea lógico.

Sin embargo, lo que me preocupa de la postura pacifista es que puede engendrar conservadurismo e impedir un movimiento hacia el cambio social. Al rechazar la lucha armada, se corre el riesgo de deslegitimar implícitamente cualquier forma de protesta radical. Por lo tanto, rechazar la lucha armada puede tener un efecto desactivador desde un punto de vista discursivo, político e ideológico. Si, tal como ha sucedido en el Perú, logramos pensar en un período tan complejo de lucha armada como si fuera terrorismo puro, necesariamente todos los aspectos de la lucha armada terminarán pareciéndonos negativos.

El discurso global contemporáneo sobre antiterrorismo nos ha dejado huérfanos. La paranoia antiterrorista ha conseguido desarticular casi cualquier expresión de disidencia radical, deslegitimando la protesta y reduciéndola a pura barbarie. En última instancia, me preocupa que el pacifismo de línea dura resulte en la prolongación de muchos tipos de injusticia.

Tu libro humaniza y desmitifica muchos aspectos del conflicto armado interno en el Perú. Pero aun así, probablemente persisten algunos silencios y ficciones. ¿Hay partes de la experiencia que aún resultan difíciles de abordar en el Perú?

¡El Perú necesita pruebas! ¡Necesita evidencias! Al igual que en otros países, los peruanos vivimos inmersos en ficciones. Estas ficciones no son mentiras descaradas sino más bien evasiones. Las ficciones son estrategias para evadir verdades crudas. Aún hay personas en el Perú que van por ahí diciendo cosas como: “¡Agarren a ese terrorista! ¡Traigan a los militares, a los héroes, para restablecer el orden!” Y pueden decir estas cosas porque aún no se ha arraigado en los corazones y las mentes de la gente que las fuerzas de seguridad del Estado de Perú actuaron como crueles asesinos. ¡Sendero no fue el único!

Sin embargo, también Sendero actuó con extrema crueldad. Los ex miembros de Sendero Luminoso, sus familias y el MOVADEF deben asimismo aceptar su parte de la responsabilidad. Tienen que ayudar a esclarecer el destino de quienes desaparecieron a manos de Sendero Luminoso. Tienen que abandonar la negación. Al igual que los militares, tienen que ayudar a esclarecer detalles sobre acciones armadas, asesinatos y grandes masacres. Pero esto no sucederá nunca a menos que se den oportunidades y espacios seguros para que las personas vinculadas a Sendero Luminoso puedan hablar.

Si yo fuera ministro del gobierno, trabajaría para crear nuevas leyes que puedan ayudar a facilitar el retorno de ex miembros de Sendero Luminoso a desempeñar papeles funcionales en la sociedad. Puedo ciertamente entender por qué han sido rechazados. Pero no estamos hablando de unas cuantas personas. Se trata de mucha gente. Todos ellos tienen vidas, familias y agendas personales. No pueden ser objeto de resentimiento y desprecio para siempre.

¡Este país necesita pruebas! ¡Necesita la verdad! ¡Necesita evidencias de su crueldad! Los peruanos no pueden simplemente pretender que no actuaron con extrema crueldad. El país tiene que demostrarse a sí mismo una y otra vez que fue terriblemente cruel. No podemos seguir rehuendo la sangre que mancha nuestras manos.

¿Qué se necesita entonces para construir las pruebas, para ayudar en el proceso de auto-reflexión del Perú?

Creo que hay muchas maneras de lograrlo, pero una manera importante es la de compartir experiencias. Compartir experiencias no significa lanzar discursos ni tejer cuentos. Significa crear espacios en los cuales puedan darse pacífica y libremente intercambios significativos e incluso difíciles—sin censura y con apertura a las transformaciones de significado en el proceso. Eso es lo que espero lograr con mi trabajo. Si tuviera que articular mi propio proyecto crítico-cultural, diría que se trata de facilitar la difusión y el intercambio de experiencias.

Tu comentario nos lleva a una pregunta difícil. ¿Crees que es deber de los hijos de senderistas o de ex senderistas investigar los detalles de la muerte de sus padres o de los crímenes que sus padres pudieran haber cometido? ¿Es esencial que sepamos quién mató a quién o quién puso una bomba? Este es un tema extremadamente delicado para quienes están vinculados a Sendero Luminoso.

Si vamos a emitir juicios morales estrictos, en teoría es necesario conocer los detalles. Una cosa es tener una noción general del mal y otra muy distinta es darle a ese mal un nombre o un rostro. El hijo de alguien que cometió un delito podría fácilmente decir: “Sé que mi padre o mi madre hicieron cosas, pero tuvieron buenas razones para hacerlas”. Eso entraña un peligro. Un juicio moral cabal exige enfrentarse a la realidad.

Necesitamos más detalles, más historias familiares. Las narrativas que cuentan los hijos de senderistas dependen en gran medida de las narrativas que recogen en sus círculos familiares. Si éstos siempre se han referido a sus padres como héroes, ellos podrían no desear saber la auténtica verdad. Si reuniésemos a cien hijos de militantes senderistas, apuesto que la mitad de ellos contarían relatos idealizados y épicos, mientras que la otra mitad narraría versiones más ambiguas y auto-reflexivas.

Ponciano del Pino habla de las “impurezas de la guerra”. Leyendo tu libro y otros relatos sobre el conflicto peruano, da la impresión de que, a pesar de la política absolutista de Sendero Luminoso y de las historias de héroes y villanos, la impureza caracterizó casi todo aspecto del conflicto. Pero es difícil admitir impurezas cuando se escribe sobre familiares, o en una autobiografía. La gente tiende a preferir versiones más en blanco y negro.

Está de moda hablar de “zonas grises”³. Los investigadores tienden a leer las zonas grises o impurezas del conflicto peruano a través de una amplia lente histórica que contextualiza el conflicto y sus ambigüedades. Aunque ese enfoque es válido, tengo cierto problema con él porque creo que omite algo importante: que también tenemos que examinar detenidamente los aspectos individualizados y personales del conflicto. Sendero Luminoso no mató a la gente indiscriminadamente. Mató a gente debido a conflictos interpersonales de larga data arraigados en lugares concretos.

Debemos tener en cuenta la naturaleza localizada de la violencia—sus escenas cotidianas—si queremos comprender la dinámica real del conflicto. Las metáforas

³ Aquí Agüero se refiere al concepto de Primo Levi que describe las terriblemente complejas cuestiones éticas y políticas referidas a la colaboración judía con los nazis. Levi, “*The Drowned*” [Los ahogados], 36-69.

generales, como las zonas grises y las impurezas, bloquean nuestra percepción de las motivaciones de personas concretas en momentos y contextos específicos.

Te has pronunciado en contra de las narrativas “épicas” que crean héroes, víctimas, mártires y villanos. Sin embargo, una de las grandes ironías es que mucha gente en el Perú ha querido etiquetarte como héroe, mártir o terrorista. ¿Cómo has respondido a este tipo de etiquetas?

Siempre tienes que seguir tu conciencia. La gente está constantemente tratando de etiquetarte para poder controlarte. El hecho de haber ganado el premio literario nacional de no ficción en el Perú en 2018 me valió la etiqueta de “escritor destacado”. Eso es exactamente lo contrario de cómo quiero que me vean. ¿Qué he hecho realmente como escritor? He dicho algunas cosas que quizá no se habían dicho públicamente, y no he edulcorado mis palabras. Eso es todo. Tampoco me gusta que me etiqueten, ya sea como escritor premiado, como terrorista, como héroe o como la voz que habla por todos los hijos de senderistas.

Las narrativas épicas sirven al poder—aunque ese poder sea débil. Las epopeyas construyen ficciones y mitos de origen; construyen personajes históricos; erigen mausoleos. Pero, ¿quién queda fuera de esas epopeyas? Nosotros. Las epopeyas no dejan espacio para la crítica y oscurecen las vidas de personas reales.

¿Consideras tu libro como un acto de disidencia en el contexto peruano?

¡Por supuesto! Es el acto de disidencia que puedo acopiar: heterogéneo, multiforme, inorgánico. Expreso en forma ordenada experiencias de las que no es fácil hablar, aunque quizá no sea necesario hablar de todo en forma ordenada.

El perdón es uno de los temas principales de tu libro. Sabemos que la situación peruana es compleja. La línea que separa a las víctimas de los perpetradores puede en ocasiones ser difusa. A veces no está claro quién debe perdonar a quién, o por qué. Antes hablaste de la necesidad imperiosa de contar con pruebas en el Perú. Si, como dices, de cierta manera siguen faltando pruebas del horror, incluso a pesar del monumental trabajo que hizo la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR), ¿cómo puede haber perdón sin verdad?

El perdón es imperfecto. Las personas son imperfectas. El sujeto humano no puede producir nada, culturalmente hablando, que no sea imperfecto, nada que no sea en algún nivel un fracaso, un paso atrás, un rastro de duda o incertidumbre. El perdón está

lleno de incertidumbre, pero no por ello es un error. Esa sería mi respuesta práctica a su pregunta.

Me gustaría pensar que yo podría perdonar al ex Presidente Alan García por haber ordenado la masacre en la prisión que causó la muerte de mi padre. Sin duda, perdonarlo tendría una serie de efectos positivos en mí. Pero, ¿significaría ese acto de perdón que no quiero que se haga justicia? ¡No!

No voy a atarme a ninguna regla rígida. No quiero revancha ni quiero buscar los restos de mi papá. No me interesa. Yo sé que está muerto; me han educado así. Simplemente no me interesa esa búsqueda. Al menos eso es lo que pienso hoy. Mañana mi opinión puede ser diferente.

Sé que otros no piensan igual. Necesitan pruebas físicas; tienen que ver los restos de sus seres queridos. A veces pienso que quizá estoy siendo egocéntrico cuando digo que no necesito lo mismo que los demás. Sé que mataron a mi padre, que lo torturaron, que lo descuartizaron, que su cuerpo está... No necesito saber dónde está porque sé que está muerto. No saber las causas no me provoca ansiedad. Pero sé que ha provocado ansiedad a otros: a mi tía, a mi tío, a mi abuela. Mi abuela murió, y sospecho que se volvió loca pensando en esto.

La reconciliación es otro concepto difícil. En sociedades post-conflicto, los críticos se preguntan a menudo si la reconciliación es posible o incluso si debería ser un objetivo, sobre todo cuando la verdad y la justicia están ausentes. Algunas comisiones de la verdad alrededor del mundo optan específicamente por no incluir la idea de reconciliación en sus mandatos.

Creo que debemos ser modestos en nuestras ambiciones. Podemos pedir a la gente sólo lo que es capaz de dar. No debemos pedir a nuestras pobres sociedades que creen mártires, héroes o santos—sólo ciudadanos, que de por sí ya es bastante. Debemos esperar que nuestras sociedades eduquen ciudadanos con capacidad para pensar críticamente sobre las realidades que están viviendo. Los ciudadanos pueden participar en el proceso político. Pueden practicar la solidaridad o demostrar su interés por los demás. Pero no se puede esperar que participen en procesos de reconciliación a menos que las sociedades les doten de las herramientas para hacerlo. La reconciliación requiere como condición previa la aceptación. Como sociedad, tenemos que preguntarnos qué estamos dispuestos a aceptar como válido.

En el caso peruano, aún quedan muchas preguntas pendientes. ¿Fue válida la tortura? ¿Acaso la represión severa por parte de los militares fue un método válido para

eliminar el terrorismo? En nuestro país, pareciera que sí. La gente estaba dispuesta a aceptar las represalias como precio a pagar por eliminar a los terroristas.

Como sociedad, ¿estamos dispuestos a aceptar también que haya personas que lleven 30 años buscando los restos de sus seres queridos desaparecidos? ¿Estamos dispuestos a aceptar que encontrar a los desaparecidos aún no es una política pública? En el Perú se formó en 2016 una comisión para buscar a los desaparecidos⁴. Obtener resultados llevará años, y para entonces muchos de quienes están buscando a sus deudos habrán muerto. Tal vez traiga algo de paz a los hijos o nietos de estas personas, o sirva de lección para las generaciones futuras. Pero para las propias víctimas no servirá de nada.

En definitiva, creo que tenemos que ser mucho más reflexivos como sociedad. Todos tenemos que hacernos cargo de nuestro equipaje. Pero hacerlo es difícil. Para avanzar, sin embargo, tenemos que aceptar la realidad de que vivimos en un país post-conflicto: que hay crímenes que aún debemos reconocer, que hay acciones u omisiones que aún tenemos que admitir, y que una de nuestras primeras tareas como sociedad debe ser la de crear las condiciones institucionales y sociales en las cuales podamos hablar sin tabúes de temas difíciles. Si no podemos hacerlo, la reconciliación nunca será viable. Sin embargo, es un proceso que vale la pena poner en marcha si queremos vivir siquiera un poco mejor.

Traducción de Kique Bossio

⁴ Ley de Búsqueda de Personas Desaparecidas durante el Período de Violencia 1980–2000. Ley #30470. 21 de junio de 2016. Publicada en “Normas Legales”, *El Peruano*, 22 de junio de 2016.